

**Umberto Eco. Foucault's Pendulum.  
Nueva York: Harcourt, Brace  
Jovanovich, 1989.**

La trama de esta novela policíaca es bastante sencilla y fácilmente pudo haberse trabajado en unos pocos capítulos. Pero Umberto Eco es un autor de mucha fluidez verbal, lo que le inclina a decir en seis páginas lo que bien pudo decirse en un párrafo. Y es que, como lo sabe todo buen amante de la literatura, en una buena novela no es sólo la trama lo que importa. Vale esto aún más para un autor como Eco, para quien novelar es como montar una

conversación erudita con el lector. Tal conversación a menudo se convierte en una discusión de temas muy gratos a la filosofía, la ciencia, la historia natural y la historia de las ideas, con todos sus anejos y digresiones.

Se trata de una novela larga, y son precisamente esas digresiones las que continuamente provocan el interés en el lector a través de sus cientos de páginas, contribuyendo así al disfrute de la lectura. Con todo, Eco no meramente se ha permitido a sí el puro placer de su composición; podemos adivinar en las secuencias y escenarios que en su composición ya se anticipa la versión cinematográfica, al punto que algunos protagonistas parecen modelarse en actores y gestos familiares a la pantalla grande italiana, bien si esto pueda haberse dado de forma inconciente. Algunos personajes son la imagen viva de Vittorio De Sica y Vittorio Gassman, por ejemplo. Uno está muerto, el otro ya está viejo; con todo, qué duda cabe, ambos fundaron escuela.

Eco nos diría, en el mismo marco interpretativo de la semiología de su novela, que estamos estableciendo analogías asociativas espontáneas que son entendibles pero no necesarias. Pero creo que no podemos evitar asociar el personaje de Lorenza, la amiga a quien un personaje de la novela identifica con la "Sophia" o "Sabiduría" derivada como demiurgo del Altísimo en el contexto de la gnosis cabalística, la que es a la vez arquetípicamente Virgen y Puta... con la brasileña Sonia Braga, particularmente si Eco hace que sus héroes se trasladen a Brasil durante una sección de su obra y sobre todo si la descripción del personaje se acomoda a la actriz.

La trama es sencilla; en realidad no es complicada. Alguien descubre un manuscrito, el cual se entiende como portador del secreto de los Templarios, que había quedado oculto a través de los siglos. Aquí ya encontramos el juego semiológico del signo que oculta a la vez que revela y que es descifrado a través de nuestra ignorancia y de nuestro saber, que es como decir, de nuestros prejuicios. No en balde para Eco el medio ideal es la novela policíaca.

Pronto aparecen muertos y desaparecidos a cuenta del misterio de los Templarios y su secreto. Sería aguar la fiesta adelantar aquí los detalles del

progreso de una intriga que supuestamente se da a nivel mundial -entiéndase, a nivel de Occidente. Cuatro son los personajes principales de la obra, aparte de los conspiradores. Sus nombres son evidentemente simbólicos, pero se trata de un simbolismo que se puede intepretar como vacío, en que el autor quizás juega con el lector: Garamond (nombre que recuerda al francés, "Guerre au monde", "Guerra al mundo"); Diotalevi (del italiano, "Dio te allevi", "Dios sea tu guía o instructor"); Belbo (del italiano, "Belva", "Fiera"); Casaubon (otra vez el francés, "Cas au bon", "Caso al bien" o "En el caso del bien"). En la obra, efectivamente, Diotalevi se presenta a sí mismo como un judío (bien si su semitismo es puesto en duda por Belbo) estudioso de la Cábala y la Tora; Belbo es el curioso impertinente que como un toro arremete contra todo lo sacro en una mezcla de cinismo y deseo de creer; Casaubon es el espectador inocente y perplejo que pudiera hacer las veces del mismo lector, de nosotros.

Ciertamente no es necesario asociar los nombres de sus personajes a un significado más profundo que el que superficialmente tienen. Porque alguien se llame Malatesta no significa entonces que va a ser testarudo, por ejemplo. Pero, claro, una novela es un medio arificial y no podemos evitar establecer asociaciones curiosas, sobre todo si se trata de un autor que sabemos es un especialista en símbolos y signos. Nos diría Eco: tal asociación discursiva siempre la podemos realizar, pero al modo cartesiano de un idealismo de las significaciones.

Casaubon viene a ser el verdadero héroe de la novela, pero no por eso necesariamente se ajustan los sucesos y situaciones como vistos desde su perspectiva. Por otro lado, es cierto que a menudo resulta difícil distinguir entre los cuatro personajes, por su modo de pensar, su sentido de perplejidad ante los sucesos y su ordenamiento razonado en los intentos por explicar la secuencia de los diversos datos en el rompecabezas de los Templarios. Esto vale sobre todo para Belbo y Casaubon, quienes para los efectos podrían ser la misma persona y en este aspecto la habilidad literaria de Eco no parece lograr delinear con firmeza los trazos que realmente debieran identificar separadamente a cada uno de sus

protagonistas.

Los personajes inicialmente se mueven en el mundo de las publicaciones y las editoriales, en una especie de homenaje a esos gigantes italianos como Rizzoli, Mandadori, el grupo Fabbri Bompiani (siendo estos últimos los editores de Eco) que todavía creen en el libro como una obra de arte a ser producida con esmero y con amor. Va en ellos también una crítica a los editores sin escrúpulos que trabajan el campo con espíritu de mercenarios.

Al comienzo de la novela Belbo se compra un ordenador o computadora para estar al día en los últimos facilitadores de la tarea del escritor y la bautiza "Abulafia", en honor de ese autor dentro de la tradición de la Cábala. Pronto queda admirado de la capacidad de la máquina para manipular las palabras en un juego mecánico que lleva a sospechar de nuestra **ars combinatoria**, como para pensar con los que creen que nuestra inteligencia también puede reducirse a un mecanismo combinatorio. Pronto Belbo estará "combinando" poemas que no han sido escritos por él, sino por la capacidad matemática combinatoria de la máquina que así maneja los vocablos. La poesía, podríamos concluir, es otro espejismo semiológico, donde sólo se enmascara una nada.

Como vemos, en toda la novela se transparenta la fascinación con los símbolos, particularmente los de la Cábala. La Cábala es la vertiente mística y neoplatónica de la tradición medieval judía. Para Platón y los neoplatónicos, el mundo deriva del Altísimo como el fruto de un árbol, por lo que no fue creado, sino engendrado por Dios. Pero tal engendro no fue producido directamente, sino derivado a través de intermediarios a ángeles, a manera de demiurgos o "demonios". Dentro de esta concepción los hombres habitan la frontera entre la dimensión espiritual y la material. Para ellos la mente humana, que corresponde a lo espiritual, se ufana en descifrar la verdad espejada en toda apariencia material. De ahí la idea del "itinerarium mentis in Deum"; la idea del viaje anterior hacia Dios común a los místicos medievales judíos y cristianos.

El que investiga este campo de la mística neoplatónica pronto descubre raíces muy antiguas del Oriente antiguo y el pitagorismo. Para la Cábala medieval el nombre de Yahvé -el

"Tetragrammaton", YHWH-representa un misterio por descifrar, es la clave (clavis = llave) a un saber superior. Así también cada letra del alfabeto judío es una puerta a los misterios escondidos; lo mismo ha de decirse de los números y los juegos matemáticos que permiten ver o identificar, como al trasluz, la mente del "Gran Arquitecto" que una vez engendró el universo entero. Abrahán ben Samuel Abulafia fue uno de los intérpretes de tales secretos allá por el Siglo XIII, por la misma época en que Santo Tomás de Aquino en París favorecía el racionalismo aristotélico por sobre el inefable misticismo platónico.

Ya a comienzos de la novela Eco hace que Belgo y Diotalevi entren en una discusión sobre las posibles combinaciones del Tetragrammaton- de las cuatro letras que lo componen. Diotalevi rechaza a Abulafia -la computadora- como instrumento de maldad y confusión. "Aún si esa máquina te diera la verdad de inmediato, no la reconocerías, porque tu corazón no estaría purificado por la larga búsqueda." le dice a Belgo, y añade, luego de describir la verdadera disciplina del masticar paciente de cada palabra, de cada signo de la Tora y la Creación, "A eso el sabio Abulafia dedicó su vida entera mientras tu Santo Tomás se esforzaba por encontrar a Dios por sus cinco vías." Con esto pronuncia sentencia por el Occidente racional, mecanicista, apresurado.

Por su parte, Belbo contesta con un programa en BASIC en que Abulafia, la computadora, reproduce todas las posibles combinaciones del Tetragrammaton. Eco hasta transcribe el programa para nosotros, como invitándonos a probarlo también en nuestra máquina. La computadora despacha en minutos lo que a los sabios judíos tomó siglos. Pero nos queda la inquietud de Diotalevi: con eso el sentido de lo sagrado queda totalmente fuera del panorama.

Algo análogo descubrimos alrededor del sentido esotérico de los números y las medidas. Para la Cábala los nombres de Dios corresponden a las letras del alfabeto hebreo y sus posibles combinaciones en lo que se conoce en matemática como análisis factorial. El mundo que vemos sería el producto de las factorizaciones divinas.

La locura de la numerología es denunciada por boca de Agliè (cuyo nombre recuerda el francés,

“Allez”, “Echad adelante”) cuando invita a sus interlocutores a observar un quiosco de revistas al otro lado de la calle. El largo de su mostrador es de 149 cm., es decir, una ciento billonésima de la distancia del sol a la tierra. La altura de su panel posterior es 176 cm. que, dividido por la altura de la ventana lateral, 56 cm., da 3.14, o el valor de Pi. La altura del frente es de 19 dcm., igual al número de años del ciclo lunar griego. Y así sucesivamente. Eco llena una página de cálculos alrededor del quiosco de revistas, como si estuviese descubriendo los secretos de la Gran Pirámide. Los resultados de los cálculos coinciden con todo tipo de datos y fechas. A la postre, las coincidencias, como las analogías esotéricas, resultan irrelevantes. Cualquier número puede coincidir con cualquier otro número “significativo”. ¿Es de veras irrelevante el resultado? Durante siglos la humanidad ha vivido y se ha nutrido de tales coincidencias y de tales conjeturas. Claro, para los efectos de la novela, el secreto de las pirámides tiene tanto peso como el supuesto secreto de los Templarios.

Entre tanto, Casaubon se une a Belbo para trabajar junto a Diotallevi en la editorial que dirige Garamond. Casaubon escribió una tesis doctoral sobre la antigua Orden de los Templarios, que fuera fundada durante las Cruzadas para el rescate de la Tierra Santa de manos de los infieles. Como los Caballeros Hospitalarios que hoy día son de Malta, los Templarios originalmente fueron una orden de monjes guerreros, especie de tropas élites al servicio del cristianismo occidental.

Pero a comienzos del Siglo XIV ya no había Cruzada y entre tanto, los Templarios eran muy ricos y poderosos en la Europa de entonces, particularmente en Francia. En aquel momento de nacionalismo emergente el rey Felipe IV (“Felipe el Hermoso”) de Francia y su lugarteniente el abogado Nogaret (en una época en que ya parece que los abogados son más poderosos que los militares) tras humillar al Papa Bonifacio VIII y lograr el traslado de la Santa Sede a Avignon, consiguió también la supresión de los Templarios y la confiscación de todos sus bienes, eliminando así un gran obstáculo a sus designios laicos.

Los líderes de los Templarios fueron

execrables. Su Supremo Comandante, Jacques De Molay, pronunció una maldición contra el rey al ser llevado a la hoguera. Sea por el asunto Templarios, sea por la afrenta al Papa, Nogaret murió un año más tarde y el rey pronto le siguió a la tumba dejando una herencia de debilidad y caos en su dinastía, lo que eventualmente llevó a Francia a la Guerra de los Cien Años con Inglaterra.

Hoy día los conocedores de la masonería saben que uno de los grados en dicha organización es el de la Orden de los Templarios, así como la Orden de Jacques De Molay para la juventud. ¿No es esto intrigante? ¿No será que la Orden de los Templarios, la original, continuó su existencia en secreto?

Sobre tal premisa comienza la intriga en torno a la masonería internacional y todas sus ramificaciones en tantas y tan variadas sociedades secretas. Con inexorable lógica, Abulafia, la computadora, incorporará los datos a un rompecabezas que eventualmente indicará hacia el péndulo de Foucault como la pieza final del acertijo.

A escena entra un tal Coronel Ardeni (“un ardiente”, pensaríamos) que confirma la sospecha. Ha entrado él en posesión del documento que pareciera apuntar a la existencia de un “Plan Templario”. Días antes de la disolución final de los Templarios y la inmolación de Jacques De Molay en la hoguera, un grupo de Templarios huyó de la comandancia de París, escondidos en un carretón de paja. El documento de Ardeni atestigua la intención de continuar como una sociedad secreta y conservar un secreto que no sería revelado hasta el siglo XX, ya cercano el año 2000.

Qué duda cabe, piensan ellos, que todos los grandes personajes de la historia moderna -entiéndase, del Occidente moderno- han sido Templarios. Cuando llegue la revelación final, gracias al secreto guardado durante siglos, los miembros de esta Orden alcanzarán un poder sobre la tierra y su energía, mayor que el del dominio de la energía nuclear. La autenticidad de la versión del Coronel Ardeni -personaje que recuerda también al actor Adolphe Menjou- parecerá ser confirmada con la muerte del coronel y la desaparición de su cadáver.

El péndulo de Foucault se encuentra en el Conservatoire des Arts et Métiers de París, que resulta ser... ¡la antigua comandancia de los

Templarios! Para los curiosos, hay un péndulo idéntico en el Museo de Historia Natural de Filadelfia. Jean Bernard León Foucault fue un físico francés de principios de Siglo XIX (y también podemos pensar que fue un Templario, si nos dejamos llevar por la mentalidad de los héroes de la novela) quien se distinguió por importantes experimentos en la velocidad y refracción de la luz y por un número de valiosos inventos como el polarizador que lleva su nombre, el giroscopio y la invención de su péndulo para demostrar la rotación diurna de la tierra.

Con la ayuda de Abulafia y un poco de imaginación pronto es conjeturable que existe un plan para la dominación del universo mediante el control de la energía telúrica. Dicho control será posible a través de un mapa en el que en cierta noche de cierto año el péndulo trazará las coordenadas que a su vez revelarán el ombligo, el omphalós de la tierra y del mundo, el punto alpha y omega.

¿Es posible entender la historia así, como la historia de los Templarios? Porque esto también nos lo plantea Eco. Claro, para el que cree que la historia no es una mera sucesión de eventos, sino que conlleva también un "story", el "cuento" de los Templarios no le parecerá absurdo. Para muchos españoles no pareció absurdo durante años el plantear una conjuración masónica para la dominación del estado español. Tampoco a Hitler y sus secuaces les pareció descabellado pensar en una conspiración semita para dominar la banca internacional.

Para el que cree saber ver, toda la historia puede resumirse a una simple explicación. Esto se conoce como reduccionismo y no hemos de olvidar que Eco y los italianos han participado, como los franceses, de las locuras de todo tipo de socialismo reduccionistas en los últimos ciento cincuenta años. Estos grupos también dan testimonio de las locuras en que puede caer la mente humana, locuras que, al convertirse en artículos dogmáticos de fe, causan estragos entre los seres humanos. En parte este fue el tema que vimos en **El nombre de la rosa** con su absurdo juicio inquisitorial; el mismo leit motif resurge en **El péndulo de Foucault**.

Pero es cierto que sí ha habido conspiraciones, como la de la famosa logia P-22 en Italia, la que fue descubierta a principios de la década de los '80 y que tenía alegadas ramificaciones en el Vaticano y la

Banca internacional. Es posible que Eco haya sido espoleado también por estas noticias, porque la prensa sensacionalista ya quiso hacer ver que todos los personajes de la política pública de algún modo estaban involucrados en el asunto. Por otro lado, la paranoia nacional ha nutrido muchos filmes de matinéés sabatinos, aquellos que probablemente Eco vio, y el lector también, en los días de su niñez.

Pero, aún asumiendo que existen conspiraciones como la de Oliver North y la de P-22 o la de la Masonería... ¿qué relación puede haber entre las sociedades secretas y los sucesos públicos? ¿Se trata realmente de una relación causa-efecto o es una mera relación de contigüidad, de coincidencia? Estamos ante los hechos históricos como lo estuvieron Lavoissier y Foucault y los científicos modernos frente a los fenómenos de la naturaleza. Eco en su novela también nos sugiere que no podemos estar tan seguros de la "lectura" de los hechos como un descifrar de las intenciones y proyectos humanos.

El Servicio de Inteligencia de los Estados Unidos penetró tan bien ciertos grupos clandestinos en el pasado, que en algunos casos era mayor el número de agentes encubiertos que el de los mismos bona fide. En ese momento las fronteras ideológicas quedaban borradas y ya no se sabía quién conspiraba a quién. Vemos cómo se da el absurdo de las visiones conspiratorias, nos dice también Eco con su novela.

Es así cómo Umberto Eco nos pone de cara frente al nihilismo de los últimos ciento y pico de años, ese de Los Hermanos Karamazov, Kafka, Bécet y Camus, sólo que esta vez lo plantea a la luz de lo que ha venido después, a la luz del intento estructuralista y de la semiótica contemporánea. Si tomamos una cebolla y la deshojamos a la búsqueda de su nuez o "fundamento" interno, finalmente no encontraremos nada. La cebolla, aparte de sus capas externas, es nada. Así es la realidad que habitamos -no hay nada "más allá".

Para un cristiano esta novela representa un verdadero reto, toda vez que bien podemos entender en ella el plantearse de la negación de un discurso humanista y cristiano luego de esfumarse del discurso matafísico.

Carlos J. Ramos Mattei  
UPR - Ponce